Capítulo 1
INTRODUCCION
John Lyons

LYONS, John "Introducción" (pp. 9-25) en
Nuevos horizontes de la lingüística. Madrid: Alianza, 19

¿Qué es la lingüística?

La lingüística puede definirse como el estudio científico del lenguaje. Esta definición, inobjetable dentro de sus limitaciones, es la que se encontrará en gran número de manuales y de conocidas introducciones a esta materia. El término «lingüística» se empleó por primera vez a mediados del siglo diecinueve, y muchos estudiosos actualmente dedicados a la investigación o a la enseñanza en el campo de la lingüística dirían que la especialidad misma no tiene mucha mayor antigüedad que el término «lingüística»; sostendrían que la investigación lingüística anterior (en Europa, al menos) no era profesional ni científica. En la actualidad hay una auténtica polémica sobre cuan atrás debería llevarse la historia de lo que hoy día reconoceríamos como «lingüística». No vamos a adentrarnos aquí en esta cuestión; pero hay algo que debería tenerse muy en cuenta: la investigación del lenguaje, así como la de otros muchos fenómenos (inclusive aquellos que están dentro del ámbito de las comúnmente denominadas ciencias «físicas»), ha estado sujeta a varios cambios de interpretación de las palabras «ciencia» y «científico», no sólo en el pasado más remoto, sino también en los últimos años.

Una reciente introducción a la lingüística, en su exposición de «las características que hoy en día asociaríamos con una ciencia»,

contiene la siguiente opinión (Crystal, 1968:28): «La observación de acontecimientos previa al establecimiento de una hipótesis, que es luego investigada sistemáticamente a través de la experimentación —con lo que se desarrolla una teoría— constituye el proceder normal tanto en la lingüística como en otras ciencias.» Al dar razón de la aplicación del «método científico» al estudio del lenguaje, el autor sugiere que la teoría lingüística, en tanto es científica, debe desarrollarse sobre la base de la generalización inductiva a partir de los acontecimientos que primeramente se han observado y se han descrito sistemáticamente; y que la construcción de una teoría sigue a la descripción de los datos lingüísticos y recibe de ella su determinación. Para facilitar la referencia, denominaremos a esta concepción del «método científico» el enfoque «inductivo». Frente a él, puede sostenerse que ciertos supuestos teoréticos, por incipientes e inexplícitos que sean, deben acompañar necesariamente a la selección y descripción de los acontecimientos que se ponen bajo observación; y que no existe ninguna razón que impida otorgar a estos supuestos y expectativas pleno reconocimiento teorético desde un principio y utilizarlos en la construcción de una teoría, algunas de cuyas consecuencias empíricas pueden entonces deducirse según principios generales de la lógica y comprobarse mediante la observación. Podemos referirnos a esta concepción alternativa del carácter de la teoría científica y de su papel en la investigación empírica como el enfoque «deductivo» (o «hipotético-deductivo»). Aunque el método inductivo todavía se propugna en muchos manuales clásicos de lingüística, el método deductivo ha ido ganando terreno en estos últimos años, especialmente en relación con el desarrollo de la gramática generativa (que comentaremos más adelante en este capítulo). Lo que debería ponerse de relieve es que ambos enfoques, al menos en principio, reconocen que el estudio del lenguaje exige observaciones cuidadosamente controladas y empíricamente comprobables; y podemos considerar que ésta es la más importante de las implicaciones del término «científico».

Un tema que surge comúnmente en las discusiones sobre la posición de la lingüística como ciencia es su «autonomía», o independencia de otras disciplinas. Los lingüistas han tendido a insistir bastante en la necesidad de autonomía, porque han considerado que, por regla general, en el pasado el estudio del lenguaje estaba supeditado a las normas de otros estudios tales como la lógica, la filosofía y la crítica literaria, y que dichas normas lo distorsionaban. Por esta razón, los editores de la obra póstuma de Saussure, *Cours de linguistique générale* (cuya publicación suele considerarse que marca el principio de la «lingüística moderna») añadieron al

texto del maestro la oración final, programática, en el sentido de que la lingüística debería estudiar la lengua «en sí misma» o «por sí misma» (Saussure, 1916 [vers. cast. pág. 364]).

Cualquiera sea el significado preciso de la expresión «la lengua por sí misma», el principio de «autonomía», tal como se ha aplicado a la lingüística en los últimos cincuenta años, ha conducido a una concepción de la naturaleza y función del lenguaje más *general* de lo que era posible en anteriores períodos del saber lingüístico. Una consecuencia tanto o más importante del principio de «autonomía» es que promovió el estudio del lenguaje como sistema *formal*. El significado de sistema «formal» se explicará más adelante en este capítulo y, algo más detalladamente, en los de los otros colaboradores (véase especialmente el capítulo de Janet Dean Fodor, págs. 209-225).

Ahora que la lingüística se ha consagrado como disciplina académica madura con su metodología y criterios de valor propios (y se puede afirmar con razón que es así), ya no hace tanta falta insistir en el principio de «autonomía». En estos últimos años los filósofos, psicólogos, antropólogos, críticos literarios y representantes de otras disciplinas han manifestado un creciente interés por la teoría y la metodología lingüísticas. Algunos estudiosos consideran que quizás ha llegado el momento apropiado para la incorporación de la teoría del lenguaje a una síntesis más amplia de ciencia y filosofía. Es justo que estas tendencias recientes estén representadas (como muchas de ellas lo están) en un volumen que lleva el título de *Nuevos horizontes de la lingüística*.

El origen y la naturaleza del lenguaje

El origen del lenguaje humano plantea un problema que ha hecho trabajar la mente y la imaginación del hombre desde tiempos inmemoriales; y varias «soluciones» a dicho problema (similares a la registrada en el *Génesis*) se han conservado como reliquias en los mitos y doctrinas religiosas de muchas y diversas culturas (cf. Crystal, 1965:13). Los filósofos griegos reflexionaron extensamente sobre el problema en términos «naturalistas» —y no religiosos o sobrenaturales— lo cual tuvo gran importancia para el desarrollo de la teoría lingüística tradicional (cf. Lyons, 1968:4). Desde entonces, los filósofos lo han analizado en diversas épocas, notablemente en el siglo dieciocho (cf. Robins, 1967:149 ss.). Sin embargo, desde el siglo diecinueve, los estudiosos dedicados profesionalmente a la descripción del lenguaje desde lo que puede

Pero es evidente, por ejemplo, que las cuestiones lingüísticas interesan a cuantos tienen que manejar textos: historiadores, filólogos, etc. Más evidente es aún su importancia para la cultura general: en la vida de los individuos y de las sociedades, el lenguaje es un factor más importante que cualquier otro. Sería inadmisible que su estudio quedase en cosa de unos pocos especialistas; de hecho, todo el mundo se ocupa, poco o mucho, de él; pero —consecuencia paradójica del interés que se le presta— no hay terreno en que hayan germinado más ideas absurdas, más prejuicios, espejismos, ficciones. Desde el punto de vista psicológico, tales errores no son desdeñables; mas la tarea del lingüista es, ante todo, denunciarlos, y disiparlos tan completamente como sea posible.

CAPÍTULO III

OBJETO DE LA LINGÜÍSTICA

§ 1. La lengua; su definición

¿Cuál es el objeto a la vez íntegro y concreto de la lingüística? La cuestión es particularmente difícil; mas tarde veremos por qué; limitémonos ahora a hacer comprender esta dificultad.

Otras ciencias operan sobre objetos dados de antemano y que pueden considerarse luego desde diferentes puntos de vista; en nuestro campo no ocurre eso. Alguien pronuncia la palabra francesa *nu:* un observador superficial estaría tentado a ver en ella un objeto lingüístico concreto, pero un examen más atento hará ver sucesivamente tres o cuatro cosas completamente diferentes, según la manera en que se la considere: como sonido, como expresión de una idea, como correspondiente del latín *nūdum*, etc. Lejos de preceder el objeto al punto de vista, se diría que es el punto de vista quien crea el objeto, y además nada nos dice de antemano que una de esas maneras de considerar el hecho en cuestión es anterior o superior a las otras.

Por otro lado, cualquiera que sea la que se adopte, el fenómeno lingüístico presenta perpetuamente dos caras que se corresponden; además, cada una de ellas sólo vale gracias a la otra. Por ejemplo:

1.° Las sílabas que se articulan son impresiones acústicas percibidas por el oído, pero los sonidos no existirían sin los órganos vocales; así, una *n* no existe más que por la correspondencia de esos dos aspectos. Por tanto, no se puede reducir la lengua al sonido, ni separar el sonido de la articulación bucal; y a la recíproca,

se pueden definir los movimientos de los órganos vocales si se hace abstracción de la impresión acústica (véase página 63 y ss.).

2.° Admitamos, sin embargo, que el sonido sea una cosa simple: ¿es él quien hace el lenguaje? No, no es más que el instrumento del pensamiento y no existe por sí mismo. Surge ahí una nueva y temible correspondencia: el sonido, unidad compleja acústico-vocal, forma a su vez con la idea una unidad compleja, fisiológica y mental. Y esto no es todo aún.

3.° El lenguaje tiene un lado individual y un lado social, y no puede concebirse uno sin el otro. Además:

4.° En cada instante implica a la vez un sistema establecido y una evolución; en cada momento, es una institución actual y un producto del pasado. A primera vista parece muy sencillo distinguir entre este sistema y su historia, entre lo que es y lo que ha sido; en realidad, la relación que une esas dos cosas es tan estrecha que cuesta mucho separarlas. ¿Sería más sencilla la cuestión si consideráramos el fenómeno lingüístico en sus orígenes, si, por ejemplo, se comenzara estudiando el lenguaje de los niños? [14] No, porque es una idea completamente falsa creer que en materia de lenguaje el problema de los orígenes difiere del problema de las condiciones permanentes; no hay manera, pues, de salir del círculo.

Así, sea el que fuere el lado desde el que se aborda la cuestión, en ninguna parte se ofrece a nosotros el objeto íntegro de la lingüística; por todas partes volvemos a encontrar este dilema: o bien nos aplicamos a un solo lado de cada problema, y entonces corremos el riesgo de no percibir las dualidades señaladas más arriba, o bien, si estudiamos el lenguaje por varios lados a la vez, el objeto de la lingüística se nos aparece como un amasijo confuso de cosas heteróclitas sin vínculo entre sí. Procediendo de este modo se abre la puerta a varias ciencias —psicología, antropología, gramática normativa, filología, etc.—, que nosotros separamos netamente de la lingüística, pero que, aprovechando un método incorrecto, podrían reivindicar el lenguaje como uno de sus objetos [15].

A nuestro parecer no hay más que una solución a todas estas dificultades: *hay que situarse desde el primer momento en el terreno de la lengua y tomarla por norma de todas las demás manifestaciones del lenguaje*. En efecto, entre tantas dualidades sólo la lengua parece ser susceptible de una definición autónoma y proporciona un punto de apoyo satisfactorio para el espíritu.

Pero, ¿qué es la lengua? [16] Para nosotros, no se confunde con el lenguaje [17]; no es más que una parte determinada de él, cierto que esencial. Es a la vez un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias, adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esta facultad en los individuos. Tomado en su totalidad, el lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo de varios dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al ámbito individual y al ámbito social; no se deja clasificar en ninguna categoría de los hechos humanos, porque no se sabe como sacar su unidad.

La lengua, por el contrario, es un todo en sí y un principio de clasificación. Desde el momento en que le damos el primer puesto entre los hechos de lenguaje, introducimos un orden natural en un conjunto que no se presta a ninguna otra clasificación.

A este principio de clasificación se le podría objetar que el ejercicio del lenguaje descansa en una facultad que tenemos de la naturaleza, mientras que la lengua es una cosa adquirida y convencional, que debería estar subordinada al instinto natural en vez de imponerse a él.

---

[14] *Aquí acaba en realidad este texto saussureano que según Engler (146 B) continúa en el párrafo siguiente. Ese «No, porque...» procede de otra lección y fue incluido aquí por los editores tergiversando levemente el sentido. Saussure no une el problema de lengua infantil al de los orígenes del lenguaje; aquél sería una tentativa más, entre otras muchas y como ellas poco satisfactoria, de acercarse a esos orígenes.*

[15] *Hay una frase en el texto de los editores que no aparece en Saussure y que contrasta vivamente con sus tesis: «que nosotros separamos netamente de la lingüística»: el texto manuscrito dice: «Para asignar un puesto a la lingüística no hay que tomar la lengua por todos sus lados. Es evidente que así muchas ciencias (psicología, fisiología, antropología, gramática, filología, etc.), podrán reivindicar la lengua como su objeto. Esta vía analítica no ha conducido pues nunca a nada.» Contra lo que la frase de los editores supone, varios pasajes del* Curso *manifiestan el interés de Saussure por las ciencias vecinas.*

[16] *Véase la nota 21, donde las fuentes manuscritas precisan el sentido de* lengua *en Saussure.*

[17] *En las* Notas *de Saussure, la número 65, datada en 1891, manifiesta lo contrario: «Lengua y lenguaje no son más que una misma cosa: el uno es la generalización de la otra»* (Sources Manuscrites, *pág. 142). Mas la fecha de 1891 indica que la evolución del pensamiento saussureano alteró radicalmente su idea.*

Se puede responder lo siguiente:

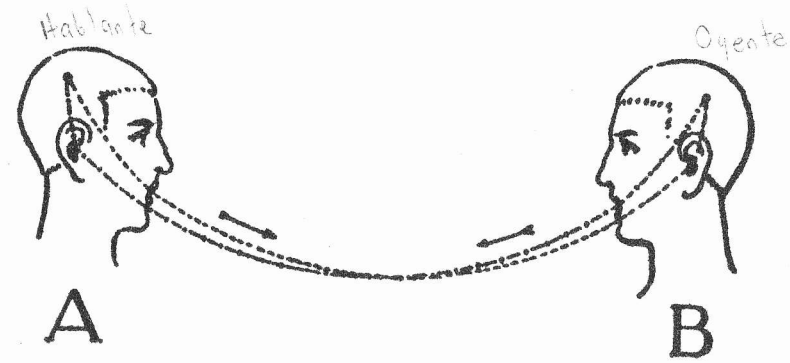
Primero, no está probado que la función del lenguaje, tal como se manifiesta cuando hablamos, sea enteramente natural, es decir, que nuestro aparato vocal esté hecho para hablar como nuestras piernas lo están para andar. Los lingüistas se hallan lejos de estar de acuerdo en este punto. Así, para Whitney, que asimila la lengua a una institución social en igualdad de condiciones a todas las demás, es por azar, por simples razones de comodidad por lo que nos servimos de aparato vocal como instrumento de la lengua: los hombres habrían podido escoger de igual modo el gesto y emplear imágenes visuales en lugar de imágenes acústicas. Indudablemente, esta tesis es demasiado absoluta; la lengua no es una institución social en todo punto semejante a las demás (véase pág. 111 y ss. y pág. 114); además, Whitney va demasiado lejos cuando dice que nuestra elección ha recaído por azar en los órganos vocales; en cierto modo, nos estaban impuestos por la naturaleza. Pero en el punto esencial el lingüista americano tiene razón a nuestro parecer: la lengua es una convención, y la naturaleza del signo en que se ha convenido es indiferente. La cuestión del aparato vocal es, por tanto, secundaria en el problema del lenguaje.

Cierta definición de lo que se denomina *lenguaje articulado* podría confirmar esta idea. En latín *articulus* significa «miembro, parte, subdivisión en una serie de cosas»; en materia de lenguaje, la articulación puede designar o bien la subdivisión de la cadena hablada en sílabas, o bien la subdivisión de la cadena de las significaciones en unidades significativas: en este sentido se dice en alemán *gegliederte Sprache*. Ateniéndonos a esta segunda definición, podría decirse que no es el lenguaje hablado lo que es natural en el hombre, sino la facultad de constituir una lengua; es decir, un sistema de signos distintos que corresponden a ideas distintas.

Broca[18] ha descubierto que la facultad de hablar está localizada en la tercera cincunvolución frontal izquierda; también en esto se han apoyado algunos para atribuir al lenguaje un carácter natural. Pero se sabe que esta localización ha sido comprobada para *todo* lo que se refiere al lenguaje, incluida la escritura, y esas comprobaciones, unidas a las observaciones hechas sobre las diversas formas de afasia por lesión de estos centros de localización, parecen indicar: 1° que las diversas perturbaciones del lenguaje oral están entrelazadas de cien maneras con las del lenguaje escrito; 2° que en todos los casos de afasia o de agrafia, lo afectado no es tanto la facultad de proferir tales o cuales sonidos o de trazar tales o cuales signos como la de evocar mediante un instrumento, sea el que fuere, los signos de un lenguaje regular. Todo esto nos lleva a creer que por encima del funcionamiento de los diversos órganos existe una facultad más general, la que gobierna los signos, y que sería la facultad lingüística por excelencia. Y por ahí llegamos a la misma conclusión antes señalada.

Para atribuir a la lengua el primer puesto en el estudio del lenguaje, se puede finalmente hacer valer el siguiente argumento: que la facultad —natural o no— de articular palabras sólo se ejerce con ayuda del instrumento creado y suministrado por la colectividad; no es, por tanto, quimérico decir que es la lengua la que hace la unidad del lenguaje.

[18] *P. Broca, cirujano francés que en 1861 descubrió en un enfermo la pérdida de la facultad del habla debido a una lesión de la tercera circunvolución izquierda frontal. Los descubrimientos médicos del siglo XX han profundizado más en las relaciones entre lengua y cerebro, que es el centro de aquélla para Saussure.*

§ 2. LUGAR DE LA LENGUA EN LOS HECHOS DE LENGUAJE

Para hallar en el conjunto del lenguaje la esfera que corresponde a la lengua, hay que situarse ante el acto individual que permite reconstruir el circuito del habla. Este acto supone, por lo menos, dos individuos; es el minimum exigible para que el circuito esté completo. Sean pues, dos personas, *A* y *B*, que conversan: